

LAS EMPRESAS QUE JUGABAN CON LAS NIÑAS Y LOS NIÑOS DEL MUNDO

Sólo faltaban 10 días para la víspera de Reyes magos y Alba estaba muy excitada. Se pasaba todo el día pensando qué le pediría. Todavía no había escrito la carta, pero repasaba mentalmente lo que le gustaría que le trajeran.

Pediré una Barbie con muchos vestidos, y una pelota de fútbol Nike, y una Play y...

Se había portado bien todo el año y había sacado muy buenas notas, así que sus padres le dijeron que podía pedir todo lo que quisiera.

Por fin llegó el gran día. Alba se despertó y dio un salto de la cama para ir corriendo hasta el comedor, donde le esperaban muchos regalos, envueltos en papeles de colores.

Empezó a abrir los paquetes. ¡Estaba todo lo que había pedido! ¡No faltaba nada! Incluso le habían traído regalos que no había pedido... ¡Qué alegría! Alba tenía una nueva Play Station, una pelota de fútbol Nike, una Barbie con un montón de vestidos: el de paseo, el del baile, el del trabajo, el de deporte, el de excursión. También un oso de peluche de la Disney. Alba pasó todo el día jugando sola en su habitación con los nuevos juguetes.

Por la noche estaba muy cansada de tanto jugar. Su madre y su padre le dieron las buenas noches y se quedó dormida.

A media noche, Alba oyó un ruido y se despertó: la pelota Nike se había caído de la estantería.

Qué raro... –pensó.

Se levantó de la cama para dejarla de nuevo en la estantería. Cuando iba a coger la pelota, ésta se movió. Alba, intentó cogerla de nuevo, pero la pelota se volvió a resistir. Le saltó encima para evitar que se escabullera otra vez. Y entonces escuchó un gemido:

¡Ay ay ay! ¡Me haces daño!

Alba dio un respingo soltando la pelota. ¡No podía creerlo, la pelota le había hablado!

¿Pelota, hablas de verdad? No disimules... –le dijo.

La pelota abrió su gran boca torcida y asintió:

La boca de la pelota →



Vale, he sido yo, pero es que me has hecho mucho daño ¡Bestia!

Alba, que era una niña muy agradable, le contestó:

Lo siento, no era mi intención hacerte daño, aunque creo que deberías ser más fuerte. Las pelotas sois fuertes y por eso os chutan.

En ese momento se oyó una risa chillona que llegaba de la estantería. Alba se asustó otra vez al ver que era la Barbie. Su risa era desagradable, molesta. Con mucha prudencia, Alba le pidió que dejara de reírse para no despertar a todo el mundo.

La Barbie, ofendida le contestó:

Ya me callo. Es que me ha hecho gracia lo que le has dicho a la Pelota. Simplemente era eso... pero ya me callo.

No te rías, señorita Barbie, que no tiene tanta gracia –replicó la pelota.

Alba se sentía aturdida y les pidió que no discutieran pero los juguetes, sin hacerle caso, continuaron:

Tú sí que me haces reír. Tan gorda y tan redonda... No sé cómo te atreves a salir a la calle –dijo la Barbie.

Pues sí, soy redonda. ¿Y qué? Pero tengo más cabeza que tú; de hecho soy todo cabeza.

¿Y para qué quiero tener cabeza? –dijo la Barbie– Si tengo todo lo que deseo: soy rica, famosa, guapa y delgada. Nunca me engordo ni envejezco. Tengo todos los caprichos y la ropa que quiero. ¿Qué más puedo pedir? Lo tengo todo, Pelotita.

A Alba no le agradó la frivolidad de la Barbie y, como se burlaba de la pelota, y le dijo a la muñeca:

¿Sólo te interesa estar guapa y delgada, y tener cosas? Yo creo que tener imaginación e ideas en la cabeza es más divertido que disponer de tantos caprichos.

¿Y lo dices tú, guapa? Echa un vistazo a tu habitación: está llena de cosas: juguetes, ropa, zapatos, mochilas, televisión, muebles... Me parece que no te falta de nada –Dijo despectivamente la Barbie.

¡Pero yo soy una niña y a las niñas no nos tiene que faltar nada! –se defendió Alba.

De golpe y porrazo se oyó una voz nueva. Era el oso de peluche de la Disney que, desde la estantería, dijo:

Eso es lo que tú te crees, bonita. Quien hizo esta cabeza de chorlito de Pelota, también es un niño y no tiene nada de nada. Ni siquiera un rato para comer...

Al escuchar esto, a la pelota Nike se le aflojaron las costuras y añadió con sentimiento:

Es verdad, el niño que me cosió era un buen trabajador. Con sólo siete años, se pasaba 10 horas seguidas trabajando. Haciendo pelotas como yo. Nunca tenía tiempo de jugar a fútbol.

Y no es que al niño no le gustara chutar un balón, es que no lo dejaban. En la fábrica de pelotas, los niños y las niñas no podían jugar –añadió el Oso.

Pero eso es horrible –dijo Alba– ¿Por qué estos niños trabajan 10 horas en trabajos de adultos y no pueden jugar como yo? ¿No van a la escuela? ¡No lo puedo creer!



Pues créetelo. Tu misma, si no te gusta, no juegues con pelotas que han sido cosidas por manos de niños y de niñas –dijo el Oso.

De nuevo habló la Barbie y esta vez su voz era amenazadora:

Pues si le haces caso a la Pelota y al Oso, ya te puedes despedir de jugar con muchas de las cosas que tienes por aquí: conmigo, con la pelota... Con el mismo Oso, que ha sido fabricado por la gran empresa Disney. También está hecho por manos de niñas como tú. Tengo que reconocer que a mí me fabricó una niña que trabajaba doce horas seguidas y sólo paraba diez minutos para comer algo e ir al lavabo. La niña estaba tan cansada que me hizo mal. Mira mis brazos: ¡no los puedo levantar bien!

Algo parecido me ha pasado a mí –dijo el Oso–. También me hizo un niño chino que tenía poco tiempo para descansar. Me cosió cuando ya estaba agotado de trabajar y mira como le quedaron mis costuras laterales: ¡Mal hechas! Y eso me fastidia porque en las películas de la Disney tengo que salir perfecto, para hacer creer que vivo en un mundo feliz.



Alba estaba asustadísima con las cosas que seguía escuchando y dijo:

No me lo puedo creer... ¿Para que yo os pueda tener a vosotros para jugar, hay niños y niñas que han estado todo el día trabajando?

Pues claro, pero tranquila. ¿Por qué tiene que importarte si son de otro país? A sus familias no les queda otro remedio que hacer lo que les mandan y dejar que sus niños trabajen. No se pueden quejar de que lo pasan mal y tienen hambre, porque perderían sus trabajos. A ti esto no te puede suceder, puedes estar tranquila –contestó el Oso con voz burlona.

¿Y quién obliga a trabajar sin parar a las niñas y a los niños? –Preguntó Alba– Eso es injusto.

Los amos de las grandes fábricas (las multinacionales) como la mía (la Disney), o la de la Barbie (que se llama Mattel) Quieren ganar mucho dinero sin importarles demasiado cómo lo consiguen –respondió el Oso.

De repente se escuchó un ruido muy desagradable y todos se asustaron. Era la Play Station que se había despertado y estaba de mal humor. Empezó a gritar y a insultarlos. Le pidieron que no se enfadara y siguiera durmiendo pero la Play, enojada, no se callaba. Los amenazó de muerte si no la dejaban dormir. Alba intentó calmarla:

Verás, no te enfades. No queríamos despertarte. Vuelve a dormirte y prometo que no haremos más ruido.

¡Grrrrrr! ¿Quién te crees que eres para hablarme así, niña? No eres tú quien da las órdenes. ¡Aquí mando yo y tú te callas! ¿Entendido? A mí los niños y las niñas me gustan callados y haciendo lo que yo mando: sólo mirándome a mí y bajo mi control. ¡Los quiero enganchados a mí! –Dijo la Play.

Sí claro, lo he entendido –contestó Alba bien asustada.

¡Pues todo el mundo a callar! ¡Quién hable más se las verá conmigo!

Alba tenía mucho sueño y, además, estaba aturdida con las cosas que había escuchado. Pero tenía ganas de seguir hablando con los juguetes. La Play Station, que no tenía ninguna paciencia, los mandó callar de nuevo con un



bramido. Sacó todas las armas que guardaba en su interior y les apuntó. Todo el mundo se calló, atemorizado.

Al cabo de un rato de silencio, Alba se quedó dormida de nuevo.

Al día siguiente, por la mañana su padre la despertó con un abrazo y le pidió que desayunara con él antes de ir a jugar. Y así lo hizo Alba. Pero cuando terminó se quedó sentada en la silla, pensativa.

Su padre, extrañado, le dijo que se fuera a jugar, pero ella seguía sin moverse. Ya no tenía interés en hacerlo con aquellos juguetes. Ahora conocía cómo habían sido fabricados. No podía quitarse de la cabeza a todos aquellos niños y niñas que trabajaban en las fábricas de juguetes y –siempre montando o cosiendo juguetes– no tenían tiempo de jugar.

Estaba triste y no tenía demasiadas ganas de divertirse con lo que le habían traído los Reyes Magos. Incluso estaba arrepentida de haberlos pedido. Era injusto: ella tenía su habitación, una familia que la quería, las amigas de clase, muchos juguetes... **Tenía todo lo que necesitaba y más. En cambio aquellos niños y niñas, que trabajaban en países lejanos, no tenían nada: sólo horas y horas de trabajo.** Por más lejos que estuvieran, Alba ya no podía dejar de pensar en ellos.

Su padre al notar su tristeza le preguntó:

¿Qué te ocurre Alba? ¿Tienes algún problema?

Yo no tengo problemas, Papá. Los que sí que los tienen son los niños que trabajan todo el día en una fábrica para poder hacer estos juguetes. Papá explícame: ¿Qué juguetes tenías tú? ¿Cómo jugabas cuando eras pequeño? ¿También los fabricaban niños pequeños?

El padre escuchaba atentamente a su hija. Luego se lo explicó todo a la madre de Alba. Los tres hablaron sobre qué podían hacer. Finalmente encontraron una solución que los dejó satisfechos. Decidieron que regalarían algunas de los juguetes nuevos que tenía Alba, a otras niñas o niños que no habían recibido esta Navidad. A cambio, Alba y sus padres, se lo pasarían bien fabricando algún juguete de cartón, tela o madera, aprovechando **andróminas** viejas que corrían por casa. También hablarían con el abuelo para tener más ideas para hacer juguetes. Su padre hizo otra propuesta:

Como la abuela sabe coser, le podemos pedir que nos enseñe a hacer los vestidos de las muñecas; así no tendremos que comprarlos nuevos en los almacenes.

Era una buena idea y a Alba le encantó. Pero siguió pensando que tenía que encontrar la manera de hacer algo más:

Hay ferias donde hay juguetes que están hechos aquí por artesanos. Y Papá, ¿podrás buscar si hay tiendas de aquellas que son solidarias con los países pobres, que tengan?

El día de vuelta a la escuela, los compañeros de clase volvieron cargados de juguetes y se pasaron el día entero hablando de qué les habían traído los Reyes. Entonces Alba vio claro qué tenía que hacer: escribir una carta a los Reyes para contarles que **algunos de estos regalos** que traían, estaban fabricados por niñas y niños de países pobres. Y les envió la carta que lo explicaba, esperando su respuesta.

Cuando llegó, la respuesta no la contentó. En la carta, los Reyes comentaban que ellos sólo cumplían con lo que pedían los niños. Y si ellos los pedían, tenían que traerlos.

Esta respuesta, lejos de desanimar a Alba, le sugirió otra idea:

*Contaré en clase cómo se **fabrican algunos de estos juguetes**, para que no pidamos tantos y busquemos otra forma de jugar. O, cuando ya hayamos jugado suficiente con ellos, nos los podemos intercambiar.*

Aunque el principio le daba un poco de vergüenza, cuando se lo propuso a tres amigas, se animaron todas. Al final, decidieron que con la ayuda de los padres y de la maestra, podían montar una Feria de Intercambio de Juguetes en la escuela y una exposición de juguetes hechos en casa con materiales reutilizados.



Alba está ahora mucho más contenta. Se siente bien por dentro. No tiene tantos juguetes de los que salen por la tele; tiene menos, pero les tiene más cariño porque no han ayudado a hacer daño a otras personas.

A los que sólo quieren ganar dinero, no les importan las niñas y los niños del mundo.

Y a ti ¿te importan?